

TIPOS ESPAÑOLES

I

LA CASTAÑERA (1)

Árbol nobilísimo es el castaño, si consideramos que con su nombre y los derivados de su nombre se ha formado el patronímico de muchas familias, más ó menos ilustres; ¡y á buen seguro que me desmientan los *Castañedas*, ni los *Castañizas*, ni los *Castañeiras*, ni los *Castaños*, ni los *Castañones*! Un *castañar* era el feudo que tenía en más estima aquel *García de ídem*, cuyo elevado carácter y esclarecidos hechos celebró en un drama inmortal *don Francisco de Rojas y Zorrilla*; aquel que se envanecía con ser tenido por el *labrador más honrado*, y aunque no humillaba su cerviz *del Rey abajo á ninguno*, contento con la vida patriarcal y bucólica que llevaba, exclamó :

« Que aqueste es el *Castañar*,
Que en más lo estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar. »

Por último, el nombre de *Castaños* representa y simboliza una de las páginas más bellas de nuestra moderna historia. *Don Francisco Javier Castaños* se llama el benemérito general español que primero humilló las hasta entonces nunca humilladas águilas francesas cuando en los campos de Bailén fueron vencidas y derrotadas por bisoños soldados las aguerridas huestes de *Dupont*; y es fama que á cada tiro y á cada bayonetazo escarneaban *los nuestros* á los *guiris* con un *¡toma para castañas!* ¡Batalla memorable que dió renombre europeo

(1) Este opúsculo y los dos siguientes se publicaron por primera vez en la galería de caracteres nacionales dada á luz por los años de 1843 y 1844 con el título *Los españoles pintados por sí mismos*.

y elevó al primer grado de la milicia y á la grandeza de España, con el título de *duque de Bailén*, á quien ya nació emparentado con ella, y á quien — ¡ vicisitudes humanas! — puede hoy un ciudadano tributar justos elogios sin riesgo de que le acusen de quemar incienso en las aras del poder y de la fortuna!...

Frondoso, corpulento, prócer, de bella flor, regalado fruto y apacible sombra, es el *castaño* uno de los árboles más beneficiosos. Su compacta madera es utilísima para todá clase de carpintería, excelente su leña para el hogar; bien en rajás, bien reducida á carbón, y de los glóbulos espinosos que el árbol produce sale un alimento que codician los pavos y es la delicia de otro animal... menos grato de nombrar que de comer. Á las *castañas* deben, en efecto, su gastronómica nombradía los ricos y succulentos jamones de *Caldelas y Avilés*; y también el animal implume y bípedo que llaman hombre las saborea con placer, crudas ó cocidas, asada ó pilongas, acarameladas por Navidad, ó en potaje por Cuaresma.

Otra prueba de la justa celebridad del producto susodicho es el haber dado nombre á un color. Á cada instante oímos decir pelo *castaño*; esto pasa de *castaño obscuro*. Hasta un autor, que fué gracioso..., al menos en las listas de las compañías á que perteneció, fué más conocido por el apodo de *Castañitas* que por su nombre bautismal. Hay vasijas, y no destinadas para el agua, que por excelencia se nombran *castañas*, y hasta el moño de las mujeres, rubias ó pelinegras, *castañas* ó *pías*, se ha distinguido, y en algunas partes se distingue todavía, con la misma denominación. ¿Qué más? *Castañuelas* son, esto es, diminutivo de *castañas*, los sonoros instrumentos de la *crotalogía*; de ese arte sublime, cuyos luminosos principios se encierran en esta sabía y significativa máxima : *ó no tocar*

las castañuelas ó saberlas tocar. Y á la pericia en tocar las castañuelas, diminutivo de *castañas*, tanto como á la ligereza de sus pies, á la flexibilidad de sus rodillas, á la morbidez de su talle y á la movilidad de su gesticulación, debe sus triunfos pantomímicos la famosa *Fanny Essler*, esa Terpsicore de nuestros días, embeleso de ambos mundos. Por ella, por sus castañuelas, tiene ya fama universal la *Cachucha* española, cuyos dengues voluptuosos y provocativos contoneos han vuelto locos de recogijo á los graves descendientes de *Washington* y han inflamado la sangre de los glaciales moscovitas.

Castaño... Castaña... No me precio de etimologista, pero tengo para mí que estos vocablos se derivan del vocablo *castidad*. Las mismas letras de que se componen lo están diciendo: *casta-ña...* ¿Y cómo poner en duda lo *casto* de esta *casta*, cuando la forma y las condiciones del fruto demuestran que Dios lo ha criado por ser emblema comestible del pudor y de la continencia? Nace la *castaña* cubierta de un púdicó zurrón erizado de punzantes espinas, como si el Autor del Universo quisiera con él defenderla de la humana voracidad. Antes que llegue á sazonzarse es la desesperación de los golosos; fruta invernal, no se esquilma hasta que el termómetro de *Reaumur* marca pocos grados sobre cero, estación en que las pasiones no son por lo general muy activas y vehementes. Aun entonces no se desprende de la rama natal sino á fuerza de violentas embestidas y rudos palos; antes de ser desarmada hiere con sus pinchos la mano atrevida que lo intenta; aun después de mondada de su áspera corteza; aun después de *exclaustrada*, digámoslo así, contra su voluntad, esta monja vegetal, esta virgen del bosque, esta vestal asturiana ampara su honestidad vestida de punta en *castaño*, con la doble y tenaz coraza que ostenta; y vencida en su segundo atrincheramiento, todavía resiste á la vergonzosa desnudez que tanto teme y esquiva; todavía pugna por coherir é identificar á sus carnes inmaculadas aquella tenue película, su postrer refugio, y como si dijéramos *su camisa*. ¡Cándida doncella! ¡Interesante criatura!

Pero si queda demostrada la *castidad* de la *castaña*, no lo está tanto la *castidad* de la *Castañera*. Entiéndase esto sin menos-cabo de la buena opinión de tan benemérita *clase*, á la cual no es lícito atribuir menos virtudes que á las honorabilísimas

de piñoneras, naranjeras, buñoleras, rabaneras, etc., etc., etc. Dígolo porque, si bien hay *Castañeras* del estado que llaman honesto, las hay también empadronadas con los venerables títulos de esposas y madres; y es cosa averiguada que para *asar ó cocer castañas* no es necesario el requisito arriba mencionado.

Dejo á los eruditos y curiosos parlantes la meritoria, bien que improba tarea de escudriñar desde cuándo empezó á ejercerse en Madrid la importante profesión de *Castañera*, y quién fué la primera que como tal mereció ser inscrita en los registros de la policía: basta á mi propósito hacer observar al pío lector que la práctica de semejante industria data evidentemente de tiempos muy remotos...; acaso del tiempo de *Mari-Castaña*, que, como todos sabemos, fué coetánea de *el rey que rabió* y de *Perico el de los palotes*. Lo que consta por documentos auténticos es que la *clase* llegó al apogeo de su gloria en el último tercio del siglo próximo pasado, y que hasta principios del presente se mantuvo á la altura de la gran reputación que supo adquirir. Durante el período citado, más de una heroína de fuelle y tenazas mereció los honores de la escena. Díganlo *Las Castañeras picadas*, y otros dramas del nunca bien ponderado *don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla*, que no por llevar el humilde título de *sainetes* y porque en ellos se peque gravemente contra los dogmas y fueros de eso que llaman *buen tono*, dejan de tener más mérito intrínseco, y sobre todo más originalidad y más nacionalidad que otros de mayores dimensiones, escritos con altas miras filosóficas, terapéuticas y sociabilitarias.

Hoy día, preciso es confesarlo, no son nuestras *Castañeras* sombra de lo que fueron. Guardan, sí, muchos de sus rasgos característicos; pero aquella fiereza varonil de que un tiempo blasonaron, y aquella su procaz elocuencia, que era el embeleso de los barrios bajos y el terror de los altos, pertenecen ya en gran parte á la historia; y para admirarlas, si no en su origen, á lo menos en coplas bastante fieles, es forzoso asistir á las representaciones de los ya indicados *sainetes* del referido *don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla*.

Verdad es que si en este siglo que apellidan *de las luces*, y yo llamaría *de los fósforos*, es muy difícil encontrar á la *mujer fuerte*, ni aun en el gremio de las *Castañeras*, no está menos gastado, si del todo no

ha desaparecido, el tipo singular del *Manolo*; la fisonomía y virtualidad de aquellos héroes de presidio y taberna que prorrumpían en estas enérgicas palabras:

U te he de echar las tripas por la boca,
U hemos de ver quién tiene la peseta;

ó decían, para pintarlos con una brochada más análoga al artículo presente:

Los hêrues como yo cuando pelean
No reparan en mesas ni en castañas.

Con efecto, desde que dejaron de existir zorongos y redecillas; desde que ascendieron á pantalones los calzones de nuestros abuelos, ha ido degenerando de día en día aquella especial y vigorosa raza que, si todavía no reniega de sus peculiares instintos, poco ó nada conserva de sus antiguos hábitos. Lo que llamamos *pueblo bajo* ha menguado en calidad y en cantidad, como ha decaído en riqueza y autoridad la aristocracia. Las clases medias absorben visiblemente á las extremas; fenómeno que en parte se debe á los progresos de la civilización, en parte al influjo de las instituciones políticas, y cuyas ventajas é inconvenientes no me propongo dilucidar. Ello es que ya no se encuentran por un ojo de la cara aquellos *chisperos* cuya siniestra catadura debe de estar muy presente en la memoria de algún célebre personaje de la corte de Carlos IV, ni aquellas manolas que santiguaban con una pesa de dos libras á los soldados de *Murat* que osaban requebrarlas. Es cierto que aun hace la *navaja* de las suyas y que hay todavía en cada plazuela varias *cátedras* no reconocidas por la Dirección de Estudios, donde se enseña *gratis* el arte ameno y persuasivo de esgrimirse á desvergüenzas; pero estas mismas desvergüenzas son ya algo más cultas y menos peladas que *in illo tempore*, y para bien de la moral pública, menos frecuentes los repelones y las azotainas. Hasta en la ropa, cuando no se viste el uniforme *legal* que iguala al rico con el pobre y al noble con el plebeyo, hay cierta arbitrariedad cierta insubordinación que se asemeja mucho á la anarquía. Ya no hay traje nacional para nadie, como no se busque en alguna arrinconada é insignificante aldea. Vemos á más de un señor titulado ataviarse con zamarra y sombrero calañés, como vemos á más de un proletario menestral proveerse de levita en los portales de la calle Mayor, y tan *lechuginas* se van haciendo las *Bastianas* y las *Alifonsas* que no pierdo la es-

peranza de ver á alguna de ellas con papalina. ¡Oh temporal! ¡Oh mores!

Volviendo á las *Castañeras*, observo entre ellas varias graduaciones, ó llámense jerarquías, que conviene deslindar para dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; que hay *Castañeras* á quienes humillarí el trato con otras menos calificadas.

En primer lugar, aunque todas tratan en *castañas*, unas las *cuecen* y otras las *asan*: en segundo lugar, unas *asan las castañas así*, y otras las *asan... asado*: en tercer lugar, hay *Castañeras* de esquina, *Castañeras* de portal y *Castañeras* de taberna.

Las *Castañeras cocidas...*, quiero decir las *Castañeras que cuecen*, son las últimas en categoría, y como el populacho de la comunidad: tanto por la vida nómada y aperreada que llevan, porque regularmente no tienen puesto fijo, cuanto por ser menos codiciada su mercancía y muy escaso el capital que emplean en ella. La misma olla, con honores de cántaro, en que cuecen las castañas, sirve de almacén para guardarlas y de mostrador para venderlas. El anís con que las sazonan vale poco, el carbón que para ello consumen no vale mucho, y el agua que gastan, si la toman del pilón de la más cercana fuente, como es probable, no cuesta nada. Por lo mismo suelen dedicarse á este subalterno tráfico muchachuelas de poco *pele* y mal *pelaje*, ó viejas deterioradas, cuyo calor natural no basta á reemplazar el de las castañas cuando lo pierden por la influencia de la atmósfera, por más que abracen y acaricien con materno amor el yerto receptáculo.

Las *Castañeras que asan*, ya son gente de otra estofa. Suele ser su comercio, aunque algunas lo ejercen de *ab initio*, decente jubilación de una *carrera* más activa, relacionada en cierto modo con la de *San Jerónimo*, particularmente en el espacio que media desde el que fué convento de padres de la *Victoria* hasta el que lo ha sido de madres de *Pinto*.

Es de presumir que en este invierno crezca considerablemente el número de operarias de dicha procedencia, merced á las visitas domiciliarias y pesquisas callejeras verificadas poco ha por orden de la autoridad superior política; medida cuya constitucionalidad podrá ser disputable, y cuyos efectos llegarían á ser funestos á las *libertades públicas* y al derecho de *propiedad*, si se repitiese y generalizase de

masiado; pero á la cual debemos por de pronto la ventaja de tener más expedito y menos peligroso el tránsito de la calle del *Príncipe*, la plazuela de *Santa Ana*, é islas adyacentes. Pero á los que no somos jefes políticos, ni celadores municipales, ni peiodistas, no nos incumbe inquirir y rastrear vidas ajenas. Por otra parte, *agua pasada no muele molino*: la Magdalena más pecadora puede ser con el tiempo modelo de austera santidad; y en resolución, cualesquiera que hayan sido los *precedentes* de una *Castañera*, por lo que es debemos juzgarla, no por lo que haya sido.

Una *Castañera* de la especie que voy describiendo ha menester para serlo dignamente gastar algunos duros en proveerse de los siguientes utensilios: una mesa con su cajón correspondiente, una vasija *sui generis*, un anafe ú hornilla portátil; un cañón de hoja de lata que dé salida al humo sin molestia de la protagonista y de los transeuntes; un fuelle; unas tenazas para escarbar la lumbre (éstas pueden suplirse con los dedos); un cuchillo para hacer en cada castaña la incisión con que se facilite después la separación de la cáscara; una manta, ó parte de ella, para abrigar la ya tostada mercadería; una espuerta bien provista de carbón, un tarro lleno de sal, aunque algunas pueden suplirla con la mucha que Dios les ha dado; una silla para la *maestra*; á veces un cobertizo, que á ella y á su hacienda resguarde de la intemperie; y además de todo esto, y de algún otro adimículo que puede haberse olvidado, tiene que pagar á la Villa la licencia para vender, y acaso á algún casero despiadado ó á algún tabernero sin entrañas, el alquiler del reducido terreno en que pone su tinglado. Es, pues, evidente que, siquiera bajo este aspecto, son las *Castañeras* mujeres que tienen que perder. Consideremos también que su vida sedentaria y afanosa la publicidad de sus *funciones*, lo *incombustibles* que llegan á hacerse á fuerza de familiarizarse con el fuego, y lo mucho que perjudican á sus *gracias personales* y á los primores de su *toilette* los desacatos del humo y las insolencias del carbón, son otros tantos preservativos contra los estímulos de la ajena concupiscencia.

Sin embargo, como de gustos no hay nada escrito, y los hay que merecen palos, las *castañeras* que no son casadas, y tal vez algunas que lo son, suelen tener un chulo que *liquide* en la taberna los productos de las castañas. Lo malo es que á medida que

éstos en general se aumentan, se disminuyen en particular, porque las tiendas y las ambulancias de este artículo de comercio, no comprendido en la tabla de aranceles, se multiplican prodigiosamente, y ya no sólo hay *Castañeras*, sino *Castañeros* también. ¡Sí; *Castañeros*! ¡Tanto es el egoísmo del hombre, y de tal suerte ha venido á menos la galantería española, que usurpamos al *bello sexo* hasta el ejercicio de las tranquilas y delicadas labores análogas á su tierna complexión y blandas costumbres! ¡Qué es ver á un tagarote holgazán manejando el fuelle afeminado en vez de la ruda piqueta!... Pero, ¿quién sabe si alguno de esos desventurados pertenecerá á las *clases pasivas*?...

Y los *Castañeros* son sin duda los que, por pereza ó por economía, han sustituido la prosaica cacerola, ó sartén sin mango, al poético cantarillo agujereado del siglo de oro castañeril; — ¡sacrilegos! — y los que han suprimido el elegante tubo que reprimía y daba conveniente dirección al humo, hoy tan licencioso é indisciplinado; — ¡vándalos!... Pero no faltan respetables matronas que, fieles á las buenas tradiciones del *arte*, mantienen y alimentan con loable perseverancia el *fuego sagrado*. Estas heroínas contumaces, que constituyen la *aristocracia* del oficio, tienen establecido por lo regular su *despacho* á las puertas de las tabernas. Bien saben ellas lo que se hacen, como veteranas que son. ¿Hay aliciente más poderoso para el vino que las *castañas*? Con sólo verlas en las ascuas se codicia el zumo de la vid, y aun por eso dijo, dos siglos ha, mi paisano *Villegas*:

Al són de las *castañas*
Que saltan en el fuego,
Echa *vino*, muchacho,
Beba *Lesbia* y juguemos.

Hay, en efecto, manjares que convidan más que otros á beber, tales como la salchicha, el abadejo, la tarángana, la sardina...; pero si grato con ellos, con las *castañas* es indispensable el *vino*, so pena de morir estrangulado... ó de beber *agua*, que para muchos hombres de bien es el mayor de los suplicios. Aquella substancia seca, farinácea, de difícil y laboriosa deglución, pide *vino* con urgencia, y de ahí viene sin duda el dicho vulgar: *dijo la castaña al vino, bien venido seas, amigo*.

Razones de amor propio, además del atractivo de la ganancia, aconsejan á las *Castañeras* el situarse en los peristilos de

los templos de Baco; que si los *devotos* apetecen solamente las *castañas* cuando entran, tal vez cuando salen apetecen... la *Castañera*.

Ni siempre vegeta pasiva y sedentaria al amor de la lumbre y al cuidado de su hacienda; que en las horas de menos despacho suele dejar á cargo de alguna comadre, ó de algún compadre, su portátil mostrador para visitar el de la taberna, acreditando con frecuentes libaciones de *Yepes* ó *Valdepeñas* no ser indiferente al fervoroso culto que allí se tributa al numen de *Anacreonte*. Ya se ve; sus miembros se entumecen de estar tantas horas encogidos; su gañote se seca de tanto gritar: ¡*gordales, seis al cuarto!* ¡*Que se arrematan!* ¡*Cuántas, que queman!*; y es preciso poner alguna vez los huesos de punta y *remojar la palabra*. Por otra parte, si algún cachirulo la *camela* con medio chico en la derecha y pellizcándose con la izquierda el labio inferior, ella, que no es mujer de negarse á casos de *honra*, ¿cómo ha de resistir á un brindis tan *macareno*? Tratándose de *copas* entre gente de *caliá*, una mujer de su *aquel* nunca se excusa de *echar su cuarto á espáas*. Cuando se la convida con mal modo, ó se toma algún *endino* libertades previas y extrajudiciales, lo confirma de lo lindo con las tenazas; pero sabe también, en ocasiones, ser agradecida y campechana, y si algún majo llevó su galantería más allá de lo que su bolsillo permite y su crédito consiente, ¡*aparte usted*, le dice, *desgalichao!*, y plantando sobre el aparador un peso duro, exclama con gentil desenfado y mucha de la fanfarria: *ó semos, ó no semos; donde yo estoy no paga naide*.

Amén de estos agradables episodios, la *Castañera de taberna* pasa una vida hasta cierto punto envidiable. Su tenducho es una especie de tertulia que frecuentan y amenizan con sus chistes y agudezas los criados de la vecindad, los *simones* desocupados, los comparsas del teatro, y los mozos de cordel. Allí se deletrea y se comenta el *papel que ha salido nuevo* con noticias de las potencias extranjerías que los *ciegos* han recibido por *extraordinario*. Ella pescuda, y husmea, y analiza á las mil maravillas la *crónica escandalosa* de la manzana, y puede dar razón de lo que pasa en torno tanto quizá como el memorialista de en frente ó el zapatero de la esquina, y desde luego mucho más y mejor que el *alcalde del barrio*. Es mujer de pro, que ejerce en el distrito cierta jurisdicción

moral, y manejando á su arbitrio las pasiones de *escalera abajo* y los afectos de *portal afuera*, así promueve una camorra como la apacigua, según el humor que tiene; ó para expresarlo en términos más castizos, según *se lo pide el cuerpo*. Sarcástica y decidora, el chisme es su comidilla y la sátira su regodeo; pero sabe soltar sus pullas con tanto disimulo como oportunidad, y hasta las palabras con que pregona su mercancía suelen ser otras tantas *indirectas del padre Cobos*. Así, por ejemplo, si con sus guiños y ventaneos y ceceos y tapujos dan que decir las hijas de la escribana, apenas las ve salir de casa las mira con el rabillo del ojo, y cañta en octava mayor: ¡*Ahora salen las calientes!*

II

LA NODRIZA

¡Ay! no siempre una madre cariñosa
Te cabe en suerte, malhadado infante,
Que en su seno te abrigue
Y á tu labio anhelante
Dulce néctar solícita prodigue.
No por tu cara linda
Es justo que prescindas
Del baile doña Flor, del coliseo,
Del público paseo,
De visitar las tiendas de la plaza,
Ó tal vez de la cita misteriosa,
Do en adulterio torpe se solaza.
« ¡Cria y más cria! ¡Jesús, qué empacho
¡Compadézcanme ustedes!
Una mujer de tono entre parades
No ha de pasar su juventud amena.
Pues ¡no faltaba más! ¡Y este muchacho
Que mama sin conciencia! Yo me seco,
¡Eh! que se desgañite en hora buena,
Ó que le den gazpacho.
No he de morirte yo por un muñeco. »

Así razona, y razonando engulle
Ya el canglón de pingüe gelatina,
Ya la perdiz sabrosa ó la gallina,
Ya la pintada trucha,
Ya un piélagos de espeso chocolate
Con esponjado bollo, ó con tomate
Luenga magra se embucha
Del animal grasiento que abomina
El pueblo de Israel. El apetito
Del cuitado angelito
Con lacónico sorbo satisface,
Y, mármol á su queja,
Préndese la mantilla
Y eternas horas huérfano le deja.
En tanto al jugo del materno pecho
De insípida papilla
El glutinoso pábulo reemplaza,
Que ha de tragar el nene á su despecho,
Aunque su llanto el alma despedaza.
¡Vieras allí la reiterada pugna
De la fámula hedionda que la embute
Y del labio infantil que la repugna!
Vieras allí de su grosera boca,

Que no es tan infernal la de una foca,
 A la del puro y cándido retoño
 Trasegar la bazofia Maritornes!
 Y si la arroja el desgraciado y chillá,
 ¡Erre que erre, y vuelta á la escudilla,
 Y á la carga otra vez! — Crudo tormento,
 ¡Oh Tántalo!, castigo de tu crimen
 Te depara de Júpiter la ira
 Cuando á tu labio hambriento,
 Que por ella sin término suspira,
 Te defiende llegar la rubia poma
 Que de fácil arbusto se desgaja;
 Mas tal vez en crudeza le aventaja
 La bárbara porfia
 De forzar á que coma
 Contra su gusto al prójimo ó sin gana,
 Aunque le den olimpica ambrosia.
 Ciertas madres, y abundan en la corte; —
 Yo pudiera citar una cohorte, —
 Criadas entre oro y los placeres,
 Desde que nace el niño — ¡qué mujeres!...
 Como odioso embarazo
 Le arrojan sin piedad de su regazo.
 Empero de otras madres, — ¡me horripilo! —
 Mas feroces quizá compran el quilo;
 Que arrebatadas de codicia inmunda
 Y con el rostro enjuto,
 El que dieron á luz misero fruto,
 Ya de casta coyunda,
 Ya de torpe concubito, almacenan
 En público hospital, y al fruto ajeno
 Después alquilan el ingrato seno,
 ¡Siglo de vanidad y de miseria!
 ¡Qué diría á las madres de la Iberia
 Una madre de Esparta ó de Corinto,
 Si de Madrid se alzara en el recinto
 Desde la yerta losa
 Do su ceniza secular reposa?
 No cual vosotras en serviles manos
 Sus hijos entregaban;
 Y no valían ellos
 Menos que no valen hoy los castellanos.
 No sus pechos al pírulo negaban
 Por conservarlos túrgidos y bellos.
 ¡Santa Naturaleza!
 Embelesada en su materno arrullo,
 Les inspirabas tú más noble orgullo,
 Y en mengua de su nombre y su memoria
 De efímera belleza
 Abreviar no temían el imperio,
 Si el público respecto granjeaban
 Y á la virtud robustos y á la gloria
 Los Leonidas, los Héctores criaban.
 No entonces cual enjambre
 Esguizaros con faldas se veían
 Infestar la metrópoli opulenta
 Que su sangre y su afrenta
 Al que mejor pagaba revendían.
 ¡Qué es ver á la prolifera Cantabria,
 Desde Irún á la Puebla de Sanabria,
 Cual allá de sus mares
 Acarrea besugos y salmones,
 Madres acarrear al Manzanares!
 ¡Qué es ver tan mofetuda y tan rolliza
 Óstentar en landó por ese Prado
 Aureo galón sobre la verde falda
 La pasiega Nodriza,
 Que ocho arrobas ayer sobre su espalda
 De algodón ambulaba y de terlices
 En público mercado,
 Y á riesgo de romperle las narices
 Un robusto mamón de añadidura
 En el cuévano inmenso postergado!
 ¡Qué es ver sobre su seno exorbitante
 Sonreír un infante
 Que otra mujer parió, y el dulce nombre
 Prodigarla de madre, y de la propia

Algún beso tardío
 Con desdén rechazar y con hastío!
 ¡Oh de las Amas pernicioso flujo,
 Trampas de la infeliz naturaleza,
 Cual si hartas ya no hiciera en esta corte
 Al crédulo marido
 La pérdida consorte!
 ¡Oh mundo corrompido!
 ¡Oh del soberbio, extravagante lujo,
 Desvarío fatal, plaga ominosa!...
 Pero hablemos en prosa
 Y dejemos el tono de cartajo.

Si hay madres, en efecto, muy merecedoras de la invectiva con que va encabezado este discurso, otras, y en número infinitamente mayor, acogen, miman y amaman tan con ardiente idolatría al hijo de sus amores. También puede haber algo de ficción poética, ó de hipérbole cuando menos, en la filípica que antecede. Acaso no sea este siglo más perverso que otros, y la imparcialidad nos manda declarar que en todos tiempos ha habido burras de leche y amas de cría; y si es innegable que algunas de éstas aciertan á ser algo más racionales que aquéllas; por lo que respecta á la índole y á la genialidad, digámoslo así, cualquiera daría la preferencia á las primeras; esto es á las amas cuadrúpedas. Pero no involucremos las cuestiones, que ahora se trata de las madres en propiedad y no de las sustitutas.

Al amor de madre no hay afecto que le iguale, es el título de una comedia que no tiene más de bueno que el título; y ciertamente no hay amor tan entrañable como el de una madre; no cabe en el corazón humano un sentimiento más profundo, más legítimo, más desinteresado, ni más capaz de inspirar acciones heroicas y sacrificios sublimes. Y este sentimiento, como el más inmediatamente derivado de la naturaleza, es el menos accesible al novicio influjo de las malas costumbres. En cada siglo, mientras dure el mundo, se contarán más *Andrómacas* que *Medeas*, y si la moda, la vanidad ó el capricho son causas de que algunas madres aparezcan menos asiduas y fervorosas que debieran en el cuidado y educación de sus hijos, aun estas mismas, ó no nacieron para amar, ó seguro que los aman sobre cuanto es amable en la tierra.

Pudiera argüírseme diciendo que la multitud, todos los días creciente, de amas de leche, que hormiguean en la capital, atestiguan contra la ternura de las madres españolas; pero conviene advertir que muchas confían con harta dolor sus niños á zafias y descastadas pasiegas, no por punible desvío hacia ellos, ni por conformarse á las

absurdas leyes del buen tono y de la elegancia, ni por miras de una higiene reprensible y de un refinado egoísmo, sino porque la falta de robustez les impone tan triste necesidad. Es cierto que, obedientes en demasía á las exigencias de una sociedad muy culta, muy galante y muy entendida, eso sí, pero más frívola que previsora, á nadie tienen que echar la culpa sino á sí mismas del quebranto de su salud las que la lloran desmejorada por la tortura del corsé, del zapato y del cinturón, por los excesos de la danza, y por los abusos de la gula; ya que algún otro de los siete pecados capitales, que llaman mortales, no recuerda su conciencia. Dirán, empero, las que en este caso se hallen, que hartos afanes lleva consigo el embarazo, sin hacerlo más penoso sujetándose á molestas privaciones, y que por estar en cinta una dama no se ha de comunicar como una lechuza, ni ha de consentir que su mórbido talle rebose indisciplinado, y que los orbes depositarios del jugo lácteo (no cabe nombrarlos con más pulcritud) por falta de sujeción se desordenen y *traslimiten*. ¡Pobres señoras! Preciso es aceptar sus convincentes disculpas ó no tener pizca de consideración y de crianza.

Otras parturientas, por amor al feto que abrigan en sus entrañas, se han abstenido con loable abnegación hasta de los más inocentes placeres, y sin embargo se ven imposibilitadas de criar por sí mismas á sus caros hijuelos, y otras ¡mal pecado! ó paren dos no teniendo *viveres* más que para uno, ó lastimosamente fecundas conciben el segundo antes que sea posible destetar al primero sin inminente peligro de verle muerto de inanición. Semejantes trabajos no suelen afligir á las familias acomodadas: son privilegio ordinariamente reservado á las mujeres de los sastres *sin ejercicio*, de los empleados excedentes, ó de los cómicos ambulantes. ¡Bendito sea Dios!!!

Infinidad de mujeres de esta muy heroica Villa necesitan, pues, por varios motivos delegar en otras los venerables deberes de la maternidad, y de aquí la necesaria afluencia de nodrizas de todas clases, dimensiones, cataduras y jerarquías.

El litoral de nuestro Océano cantábrico provee en su mayor parte á Madrid de esta humana mercancía, cuya casta más aventajada se produce en el famoso valle de *Pas*, de donde se deriva el nombre de *pasiegas* con que designamos á todas las amas de leche, aunque no sean de menos pujanza

y calibre las que proceden del Vierzo ó de los montes de Oca. Pero haya pacido las hierbas del septentrion, ó las del oeste de la Península, es forzoso que la nodriza sea *montañesa* para aspirar á la honra de dar teta al mamón que nació en dorada cuna; y aun así no está segura de conseguirlo si el médico no certifica después de un prolijo examen — ¡diantre de médicos!... — que el ama carece de todo vicio orgánico, que su leche es fresca, sana y abundante, que su estómago puede dar quince y falta al de un avestruz, y que la *candidata* podría en un apuro tirar de un cabriolé. Son cualidades no menos indispensables para pertenecer á la aristocracia de las pasiegas el tener facciones regulares; ya que no sean graciosas, el ser blancotas, coloradotas y carrilludas, y que sobre una espalda de vara y tercia de latitud columpie larga y trenzada la negra cabellera. Las manos pueden ser impunemente callosas y descomunales y se le permite gastar una piel de becerro para calzar cada una de sus enormes patas.

Las otras montañesas que en grado igual no poseen los mencionados requisitos pertenecen, unas á la clase media y otras á la plebe de las nodrizas *trashumantes*. Las primeras se colocan en casas decentes, aunque no de mucho rumbo; las últimas establecen su asiento (no digo *cuartel general* por lo mucho que se ha abusado ya de esta frase) agrupadas en los portales de la plazuela de Santa Cruz y accesorias, como en la *tela* y otras afueras de Madrid los baños de ovejas; y así como la leche de éstas, esto es, de las ovejas de extramuros, cuesta más barata, así también aquellas, quiero decir las madres de alquiler estacionadas en dicha plazuela de Santa Cruz, se ajustan con más equidad. Entretanto, hilan, ó remiendan, ó charlan, ó riñen, ó juegan á la brisca, esperando impacientes la hora de confinar en la *Inclusa* su chiquillo para dejarse chupar por el ajeno; y á falta de mejor acomodo, tienen bastante enjundia y osadía para encargarse de alimentar con sus lacias mamilas y por un módico salario á diez de los desventurados inquilinos de aquel piadoso establecimiento; mas como Dios no las concede la gracia de repetir el milagro de los panes y los peces, aunque se afanen por suplir la falta de leche con sendas tazas de nauseabunda y salcochada papilla, la mayoría, si no la totalidad de sus alumnos, fallecen hambrientos y encanijados.

Tales pasiegas y otras tales que no son pasiegas, y que, sólo por no serlo, para obtener colocación se ven precisadas á solicitarla, como si el cielo negase facultades maternas á las que nacieron orillas del Tajo, del Turia ó del Guadiana, acuden con frecuencia y ansiedad á la redacción del *Diario de avisos* con este ú otros anuncios semejantes :

NODRIZAS. — *Encarnación*
Palmojado, natural
De la villa de Alcobendas,
Busca cría. Abonará
Su conducta el *limpia-botas*
De la calle de la Paz.

Hay también nodrizas clandestinas y vergonzosas como hay madres anónimas y vergonzantes, aconteciendo más de una vez que la flaqueza de las unas sirve de salvaguardia, ó si se quiere, de *editor responsable* á la fragilidad de las otras. Los cirujanos comadrones y los administradores del *Refugio*, confidentes habituales de semejantes episodios, nos revelarían sobre este particular anecdotillas tan curiosas como interesantes, si les fuera lícito quebrantar el religioso sigilo á que su caridad y sus juramentos les obligan; pero madres y nodrizas sin duda alguna fueron víctimas, no de sus instintos pecaminosos... ¡vaya!... sino de su credulidad é inexperiencia.

Una vez instalada la nodriza (hablo de las que crían en casa ajena, que las otras no tienen tantas ocasiones para ser exigentes); una vez posesionada de su empleo, ejerce, no sólo sobre su cría, sino sobre toda la familia, y parte de la vecindad, un despotismo que está muy lejos de ser *ilustrado*. Empieza por ser *ama de leche* únicamente y acaba por ser *ama* en toda la extensión de la palabra. Sea primeriza y como tal no haya tenido medios todavía para equiparse ó á fuer de veterana conservé en su país dentro de un apollado arcón tantos vestidos completos por lo menos como sean las casas donde ha servido, es de rigor que ha de presentarse á las vistas casi en el estado de nuestra madre Eva. Exige, por tanto, como primera condición, que se la vista de pies á cabeza; y gracias si se da por satisfecha con un solo traje, que muchas quieren otro más fino y lujoso para los días de fiesta. Casas hay donde, por su propio decoro, ó por hacer ostentación de su opulencia, nada escasean los señores sobre este punto, ni sobre alguna de las gollerías que sin cesar están pidiendo las *amas* con insaciable avaricia y desvergon-

zada inconsideración; pero el lujo de unas pasiegas excita la envidia de las otras, y sus amos necesitan hacer continuos y no leves sacrificios para tenerlas contentas, no sea que viéndose contrariadas tomen una rabieta y de sus resultas den mala leche á los inocentes chicuelos. Porque bueno es prevenir á los que lo ignoren, por no haber tenido fruto de *bendición*, ó porque con una prójima de *Pas* no haya entrado todavía la *maldición* en sus hogares; bueno es prevenir, repito, que esas acémilas bautizadas son muy propensas á la *hidrofobia*. Ni basta muchas veces á domesticarlas la no interrumpida condescendencia con que los que de ellas forzosamente se valen, acaso en justa expiación de sus culpas, satisfacen todos sus antojos; que aun así acostumbran á responder con un par de coces á las más inofensivas amonestaciones, y hasta á los mismos halagos. ¡Oh! y han de tener ustedes entendido que cuando ellas tiran un par de coces..., regla general, siempre quedan preparadas para otro.

Sabido es que todos los días tienen las consabidas un pretexto para conspirar contra el bolsillo de sus amos. Son gentes que tienen en la uña el almanaque, y no hay en la casa aniversario, más ó menos plausible, que no exploten en su provecho. ¿Llegan los días ó cumpleaños del señor, de la señora y de cada uno de los señoritos? Regalo. ¿Asciende el amo, ó le nombran senador, ó gana un pleito? Propina. ¿Suenan rabeles y zambombas? Aguinaldo. — Pero la mina inagotable para una ama de cría es el mismo pimpollo á quien sustenta y arrulla. Todos los progresos que va haciendo, físicos ó intelectuales, son para ella otras tantas adehalas. Que se ríe: que dice: *ajo, ajo*; que hoy hace pinitos y mañana el gesto de la vieja; que menea el sonajero; que estrena los andadores y la pollera; que le visten de corto; que le ponen zarcillos; que sufre la operación de la vacuna; que le confirma un obispo *in partibus infidelium*; todos son milagros de la leche que mama, todas son gracias que es necesario atribuir y recompensar á los desvelos de la madre aquilona. ¿Y la dentición? Á cada huasecillo que cuaja en las tiernas encías, á cada nuevo poblador de aquellas desiertas mandíbulas, nueva petición de la importuna montañesa; ó en otros términos, á cada *diente* que le nace al heredero es forzoso sacar una *muela* á su padre.

Cuando nuestras *horoinas* se presentan

en las casas, que no tardarán en mirar como país conquistado, á todo se allanan; protestan tener paladar de fraile y estómago de pobre; llenen ellas el buche, y aunque sea de berzas y nabos; pero lograda ya su admisión y á medida que van usurpando á las madres efectivas el cariño de las criaturas, insinúan poco á poco dengues, apetitos y delicadezas que contrastan de notable manera con su rústica extracción y su insolente obesidad; y llega día en que es preciso recorrer todas las fondas y todos los mercados de la corte y arrabales para satisfacer su *cora*: inapetencia. ¡Cuántos padres, resignados á la frugal comida que vulgarmente llaman *sota, caballo y rey*, gimen en silencio viéndolas saborear los ricos manjares de que ayunan ellos por no apresurar la ruina que les amenaza! Azotes de los demás criados, donde los hay, lejos de ayudarles en sus faenas, como un día prometieron, los mandan con más autoridad y urgencia que los amos; con chismes y peloterías les roban la confianza y afecto de que son tal vez más dignos que su tirana; se desdennan de alternar con ellos en la cocina, y exigen por lo menos que se les ponga mesa aparte las que no se sientan muy orondas á la mesa de sus señores dándoles martirio con sus groseros modales.

¡Pobre del ciudadano que tiene hijos y abre, por ende, sus puertas á tan horrible calamidad! Pues ¿qué diré si el *pobre ciudadano* es además *ciudadano pobre*? No hay ahorros y economías que basten á sufragar tantos dispendios. El ama es una lima sorda, una carcoma perdurable, una calentura lenta, y hay cristiano que con dos lustros de abstinencia no se redime de los empeños que contrajo en dos años de lactancia.

Pudiera suceder que, así como todas las susodichas saben al dedillo la *gramática parda*, algunas supieran igualmente deletrear, y llegase á sus manos este articulejo, ó se lo oyeran leer á algún oficioso ayuda de cámara; y por tanto declaro, como haya más lugar en derecho, que todo lo que he dicho de las *Nodrizas* en general no obsta para que algunas en particular sean mujeres muy honradas y temerosas de Dios. Antes que incurrir en la tremenda cólera de una pasiega y de verme acaso en el duro trance de luchar con ella á brazo partido, prefiero cantar esta especie de palinodia. Y diré más: estoy íntimamente persuadido de que habrá algunas que lleguen á encari-

ñarse con los chiquillos á quienes crían tanto como si los hubiesen parido.

Hecha la precedente salvedad, y para no moler más á mis lectores, acaso empalagados ya de tanto *lacticio*, confesaré también que aun las *amas* de más áspera condición se amansan cuando se va acercando el para ellas muy desagradable, como para los padres muy lisonjero momento del destete; mansedumbre que tiene el doble objeto de prorrogar cuanto puedan su *dictadura* y el ser á la despedida más liberal y generosamente remuneradas.

Pero la nodriza de raza y de *buen trapío* no permanece mucho tiempo cesante. Ó después de criar á un niño conserva todavía bastante repuesto para abastecer á otro, ó recurre á los medios ordinarios de proveer nuevamente del almo licor las fuentes de la vida. ¡Dios me libre de imaginar que en un raptó de filantropía contribuya al logro de sus designios el señorito de la casa! Para constituirse una individuo de esas en la situación *interesante* que la Providencia suele deparar á las reinas de Inglaterra, no ha menester inspirar *excéntricas* pasiones. Un viaje á la tierra y Cristo con todos. Allí la espera fiel, amoroso y lozano su marido y conjunta persona; — y también alguna vieja maligna que más adelante ajuste con nimia escrupulosidad cuentas que no son de su incumbencia, y en que pone sin embargo sus cinco sentidos mejor que en las del rosario.

« Pero, tía fulana, responde la tía menagana, no sea usted el enemigo. Pensando piadosamente... — No hay tu tía, replica la otra tía. ¡Si habas contadas! Ó al chico de Jeroma le faltan cinco semanas para ser *sietemesino*, ó el papamoscas de Tiburcio puede y debe probar la *coartada*. »

III

LA LAVANDERA

Pero, señor don Ignacio de mi alma, ¿es posible que en todo ser humano haya usted de ver un *tipo* digno de ser perpetuado por los tipos de su imprenta? ¿Qué quiere usted que diga yo ¡pobre de mí! de una pobre *Lavandera*? Si me pidiera usted la biografía de aquella *Felipa Católica*, la famosa *Lavandera de Nápoles*, que tanto dió que hacer y que decir en las márgenes del Se-

beto, me vería yo menos embarazado para complacer á usted; pero usted dirá que no ha ofrecido al público tipos napolitanos, sino españoles, y que su obra no ha de componerse de individualidades sino de clases y categorías. Tiene usted mucha razón; pero ¿dónde están los rasgos distintivos de una *Lavandera* española? La lejía, la paleta, la tabla, el jabón ¿bastan, por ventura, á imprimir carácter en una mujer? Y dado que yo tropiece con lo característico de la especie, ¿ha meditado usted bien las consecuencias de las observaciones físicas y morales á que me provoca? Ya me ha enemistado usted con las *Castañeras* y las *Nodrizas*; ¡y también quiere echarme encima la tremenda animadversión de las *Lavanderas* obligándome á sacar sus trapitos á la colada!... En fin, lo haré porque usted me lo ruega; pero sea de usted toda la responsabilidad. *Me lavo las manos*, como dijo Poncio Pilato, y entro en materia.

Hubo un tiempo en que la *honrada* profesión de lavandera (y vaya por delante este encomiástico adjetivo para predisponer en favor nuestro á las que la ejercen); hubo un tiempo en que la susodicha profesión fué desconocida: primero; porque, haciendo el gasto del humano vestuario las hojas de los árboles ó las pieles de los animales, nada había que lavar; y después porque cada hija de vecino se lavaba lo suyo...; y su ropa y la de su familia, quiero decir; ¡y ya empiezan las rectificaciones y salvedades! ¡Cuando le digo á usted que es peligroso y resbaladizo, si los hay, el asunto que me ha propuesto! Sí, señor; en aquellas edades, venturosamente incultas y dulcemente patriarcales, todas las mujeres, cualquiera que fuese su jerarquía, y lo mismo las hijas de *Labán* que las encumbradas princesas, ora se llamasen *Penélopes* ó *Nausicaas* (éstas debieron de ser algo nauseabundas), hacían por sus propias manos todos sus menesteres. SS. AA., más ó menos serenísimas, cargaban con el llo de la ropa pecadora, llevábalo al arroyo más inmediato, y allí con amable llaneza y sin sombra de vanidad ni de etiqueta lavaban, aclaraban y torcían; ó, lo que es lo mismo, *purificaban en primera, segunda y tercera instancia*, palios y tocas, túnicas y peplos.

Andando los siglos se fué domesticando y puliendo la sociedad; los progresos de la industria y del comercio crearon cada día nuevas comodidades y placeres; estos pro-

gresos de la civilización engendraron necesidades, antiguamente ignoradas, que aguzaban el entendimiento del hombre para satisfacerlas con posteriores adelantos y refinamientos fabriles; mas como todas las inteligencias no se desarrollaban en la misma proporción, ni para todos soplaba igualmente bonancible y próspero el viento de la fortuna, resultó de todo esto un desnivel y desbarajuste social que en vano pretenderían ya corregir los que sueñan con leyes agrarias y otras utopías tan lindas como impracticables. Hubo, pues, y sigue habiendo, y es probable que haya siempre nobles y plebeyos, grandes y pequeños, ricos y pobres, señores y criados...; y, por consiguiente, hubo, hay y habrá *Lavanderas*; y el número de estas fué creciendo paulatinamente conforme se fué aumentando el ajuar doméstico y complicándose las vestiduras exteriores é interiores de ambos sexos, y á medida que las gentes se han ido convenciendo de que pueden mudarse impunemente de camisa y calzonzillos más de una vez á la semana.

Ahora será bueno que hagamos la debida clasificación entre las *Lavanderas públicas* y las *privadas*, distinguiendo asimismo entre estas últimas las que jabanon sus propias *profanidades* y las que lavan *pecados ajenos*.

Respetemos á las que se sirven á sí mismas por no tener quien las sirva; respetemos también y compadezcamos á algunas que pueden tener motivos *reservados* para no aceptar semejantes servicios, y sigamos al río ó á la fuente á la moza de servicio, sea manchega ó valenciana, andaluza ó madrileña; sea, si usted quiere, asturiana, siempre que sea moza.

Confesemos, señor don Ignacio Boix, que no es hombre de gusto el que prefiere los dengues, y los cosméticos, y el corsé, y el *polisson*, y los nervios de una damisela insubstancial y epiléptica al donoso aunque agreste desenfadado con que una de esas zagalonas se despoja sin melindre del pañuelo de muletón y hasta del corpiño de estameña ó de percal, si el tiempo lo permite; y se remanga hasta el hombro, y deja que flote á su albedrío sobre la morena espalda la no comprada trenza; y sentada sobre los talones, y medio de brues sobre la tabla de jabonar, presentando al oriente su cara trigüeña, que el sol, el aire y la fatiga animan y enardecen, y al viento contrario el poderoso reverso, extraño á los *miriñaques* y peregrino á las

hemorroides, se columpia, se cimbreo, se descoyunta, sin duelo de la ropa ni de sí misma, hasta que á fuerza de inmersiones, y paletazos, y jabonaduras, y estregones restituye al lienzo su eclipsada limpieza y su pristina blancura. ¿Qué *Ratel* ni qué *Auriol* imitarían los variados ejercicios de aquella singular gimnástica? Y para que nada huelgue en ella, la lengua suele trabajar tanto como las manos.

Verdad es que, como se juntan muchas mujeres en un mismo lavadero, no puede faltarles materia en que ejercitar la sin hueso. ¿Cuál de ellas no tiene su cacho de novio? Quién celebra la constancia amarrelada del suyo; quién las coplas con que en la noche anterior regaló sus oídos el jaque de su particular devoción. Otra hora en secreto y *rabia de celos aparte* recordando la mala partida que le ha jugado su chulillo plantándole por otra hija de Eva; pero no da su brazo á torcer, y si alguna maliciosa la interpela acerca de las lágrimas que vierte á su despecho, achaca al chisporroteo de los ojos del jabón el nublado de los suyos. Otra, cuyo galán, *héroe por fuerza*, sacó la suerte de soldado en la última quinta, se desespera hoy al contemplar que su pobreza no le ha permitido poner un *sobrestuto*, salvo el firme propósito de hacerle ella *sustituir* mañana; no en el rancho, en el cuartel y en el destacamento, sino en el corazón vivo y palpitante, de que le envía *copia auténtica* en las cartas que cada correo le escribe de *mano ajena*. Más afortunadas que las anteriores *Ambrosia* y *Ceferina*, tienen en su presencia á sus correspondientes cuyos, que el uno es fámulo desacomodado y el otro tambor de la Milicia nacional, al paso que los otros tormentos adorados trabajan á la *santimperie* en la obra del Maragato, no sin riesgo de hacer contra su voluntad el salto del trampolín desde un piso tercero; ó *cautiando la tierra sudan* lo temporal y lo eterno.

Pero si las envidias de las unas y las pullas de las otras ponen término á las sabrosas pláticas amatorias antes que concluya el trajín y el tejemaneje del lavado, los mismos paños, menores ó mayores, que bautizan y desentecan, les dan sobrado tema para charlar más de lo justo y preciso. Y, en efecto, si las sábanas, los camisones, y las chambras, y las papalinas y otras zarandajas supieran hablar ¿qué de cosas no dirían? ¿Qué de usurpadas eputaciones no naufragarían? ¿Cuántos

ídolos no caerían derrumbados al pie de sus dorados altares, erigidos por la lisonja, la credulidad, el interés y la mentira? ¿Cuántos individuos, así del sexo hermoso, como del fuerte, que otros llaman feo, habiendo obtenido falsa patente de sanidad, habrían de ser relegados á *sucio lazareto*? Por fortuna, la ropa ex-blanca, culpable de pecados secretos, todavía no ha dado en la gracia de *espontanearse*, como en época no muy lejana lo hicieron algunos beneméritos ciudadanos, descubriendo con las suyas las adversidades y flaquezas de sus prójimos. ¡Loor á la circunspección de la holandesa y la coruña! ¡Bendición al silencio de la muselina y el elefante! Su reserva nos ha excusado tal vez una revolución mucho más espantosa y radical que las veinte ó treinta que van consumadas en el presente siglo, y las que aún serán precisas hasta labrar la completa ventura de esta nación privilegiada. Pero si callan los trapos, todas las *Lavanderas* domésticas y algunas de las públicas saben interpretar, como otras tantas sibilas, el sentido de los reservados caracteres y misteriosos jeroglíficos con que los susodichos trapos consignan la parte más recóndita y curiosa, si bien no la más immaculada y pulcra de la crónica contemporánea. El agua se lleva pronto en su corriente, ó el fuego de la colada extingue esos *testimonios periódicos* ó sean *hojas volantes* de la miseria humana, y también se lleva el aire una parte de los discretos é incisivos comentarios á que dan ocasión entre la gárrula turba femenil que se familiariza con lo puerco; mas siempre conserva, y de ordinario exagera la tradición lo más precioso de la historia, y si muchas amas de casa reflexionasen un poco sobre el asunto antes que poner sus pingos, y con los pingos su *hoja de servicios* en manos de *Lavanderas*, se resignarían á imitar el laudable ejemplo de la susodicha modesta princesa *Nausicaa*. No, empero, todas las *Lavanderas* son chismosas y parlanchinas: algunas se limitan á tal cual indirecta ofensiva y á alguna que otra socarrona reticencia; otras no dicen esta boca es mía, quizá porque las prendas de su uso personal tienen también *mucho por que callar*; y por tanto, menudeando los paletazos y economizando los puños, no se atreven á destrozarse, amén de la ropa, la negra honrilla de sus amos.

Estas y otras amenas conversaciones, con cuyo aliciente se les hace más tolerable